

UTOPIÍA DEL FIN DE LA UTOPIÍA*

Adolfo Sánchez Vázquez

Filósofo español exiliado en México (1939).

La utopía como imagen o proyecto de un futuro mejor que se contrapone al presente real y la utopía como presencia efectiva de la conciencia de los hombres que inspira sus actos no puede nunca extinguirse. Se extinguirá con ella la posibilidad del hombre de incidir en el curso de la historia.

En las últimas décadas de este siglo, y postrimerías del milenio, y a medida que nos acercamos al final de uno y otro, proliferan las tendencias a decretar el fin de doctrinas, movimientos o comportamientos humanos. Se abrió este proceso en la década de los 60 con la proclamación ruidosa del fin de las ideologías, y desde entonces no ha hecho más que generalizarse el empeño funerario en extender certificados de defunción. Y así, sucesiva o simultáneamente, se ha ido anunciando el fin del marxismo, de la historia y de la modernidad, del socialismo y, por último, este fin de los fines que vendría ser el fin de la utopía.

73

El modelo platónico y los modelos históricos

Concentrando nuestra atención ahora en el fin de la utopía, preguntémonos qué tan real —efectivo— es, o también, qué hay de verdad o de ideología en su sentido restringido y peyorativo, en este fin que se proclama. Tanto si se entiende como pensamiento o como una práctica, es decir, como imagen de un futuro deseable, o como comportamiento práctico humano para realizarla, la utopía tiene su historia. Incluso, quienes en nuestro tiempo sentencian su fin, no pueden dejar de reconocer su presencia en el pasado. En este sentido, cabe hablar de una tradición que en el pensamiento utópico se remonta a Platón, con su Estado o ciudad ideal, o sea, de su república perfecta, inmutable e intemporal, y a la vez, precisamente por su perfección, imposible e irrealizable. Del diseño platónico están ausentes dos ingredientes propios de la utopía moderna: La imagen del futuro, pues su Estado, por su carácter ideal, se halla fuera del tiempo, y la posibilidad de su realización en el mundo empírico.

Si se trata de la anticipación de una vida justa, digna, que todavía no es, pero que puede ser en el futuro, el modelo de utopía ya no será el platónico vertical, sino el horizontal propio de la modernidad que se extiende hasta nuestros días. Y semejante modelo es el que encontramos en un breve repaso histórico como hitos fundamentales en estos tres tipos de utopía que se suceden históricamente: las utopías modernas renacentistas e ilustradas; las socialistas utópicas, y las socialistas-comunistas que se remiten a Marx y Engels.

Antes de ellas encontramos, sin embargo, la utopía que como forma de vida más allá de este mundo terreno, o reino de Dios, postula el cristianismo medieval; y mientras llega ese ideal trascendente no desciende ese reino del cielo a la tierra. Falta pues, en la visión cristiana medieval, como en la platónica, la dimensión humana de lo posible y lo realizable, características de la utopía moderna desde el Renacimiento.

El Milenarismo: El Reino de Dios, realizable en la tierra

74

Un hito intermedio y fundamental entre las utopías moderna y premoderna cristiana, será el tratar de conjugar en un nuevo modelo utópico su reino respectivo: el humano, terreno, y el divino, celestial. Se trata de la utopía anabaptista de Tomás Müntzer en el siglo XVI; aunque se mantiene en ella el contraste entre lo ideal y lo real, entre el reino de Dios y el de los hombres, la realización del reino divino no está sólo en el cielo, sino en la tierra. Al fijar la atención en esta doble dimensión divina y humana de la utopía milenarista de Müntzer, con su correspondiente práctica, la rebelión de los campesinos alemanes en el siglo XVI, no podemos dejar de asociar en nuestros días el contenido utópico de los movimientos políticos y sociales influidos en América Latina por la teología de la liberación. Pero siguiendo nuestro recorrido histórico, veamos ahora las utopías modernas que, dejando a un lado todo componente trascendente, se caracterizan ante todo, por su dimensión terrenal, humana.

Las utopías modernas, en su primera fase renacentista, tienen mucho que ver con los sufrimientos y costos sociales que la transición del feudalismo al capitalismo impone con la expropiación y expulsión de sus tierras a los campesinos, y la transformación de éstos en vendedores de la fuerza de trabajo. En las utopías modernas de los siglos XVI al XVIII, de Tomás Moro, Campanella, Francis Bacon y Morelly, la atención se concentra en este mundo terreno, cuyos males no sólo se describen, sino que se señalan sus causas fundamentales: la propiedad privada, la omnipotencia del dinero, y el afán de poder, así como los sujetos históricos del hambre y la miseria bajo las buenas relaciones sociales de producción.

La utopía, aquí no sólo hace ver una inadecuación entre lo ideal y lo real y expresa una disconformidad con la realidad presente, sino que propone un modelo de sociedad que, a diferencia del platónico, no está fuera del tiempo y de lo posible. Hay asimismo, a diferencia de las utopías platónica o cristiana medieval, una voluntad de realización de lo utópico aunque no se desplie-

que en el terreno de la acción el esfuerzo práctico por transformar lo existente. La realización del ideal que se postula, vendrá sobre todo para el pensamiento utópico ilustrado por la vía de la persuasión, del conocimiento y de la educación; el poder de la propiedad, del dinero y de la violencia, cederán su sitio al imperio de la razón y de la inteligencia que la posee y ejercita.

Socialistas, utópicos y anarquistas

Los socialistas utópicos del siglo XIX reaccionan críticamente ante las terribles consecuencias sociales de su tiempo, sobre todo para los trabajadores. Se trata de las condiciones creadas por la Revolución Industrial, para superar las cuales, propone fantásticos y prolijos modelos de una nueva sociedad; pero no dejan sólo al futuro la realización de su sueño y fundan por ello, como Owen, comunidades que llegan a existir efectivamente, aunque terminan en un fracaso. No pudiendo detenernos ahora en las peculiaridades de cada uno de sus modelos, subrayemos los rasgos comunes del socialismo utópico de Owen, Saint-Simon y Fourier.

Primero, su crítica de la sociedad surgida de la Revolución Industrial con sus nuevas relaciones entre capital y trabajo. Segundo, su falta de conocimiento objetivo, riguroso, de la sociedad criticada. Tercero, su derroche imaginativo al describir con todo lujo de detalles la nueva sociedad, y cuarto, su confianza desmedida, siguiendo a los ilustrados, al pretender alcanzarla mediante el poder de la educación, al que agregan la fuerza del ejemplo; de ahí la fundación de comunidades que a modo de islotes del futuro anticipan la nueva sociedad.

A este utopismo socialista que pone sus esperanzas en un porvenir al que se llegará gradualmente, le sucede el utopismo revolucionario de los Bayle y Blanqui, y más tarde de los anarquistas como Bakunin y Kropotkin, que depositan sus esperanzas emancipatorias en un acto único, excepcional y violento: la Revolución. Tanto unos como otros tienen sus utopías no sólo como deseables, sino también como posibles y realizables, por lo que ponen en tensión la voluntad de realización de minorías con bases o grupos en acción. Pero por diversas razones, la desmesura de sus objetivos, el desconocimiento de la realidad a fin de transformar radicalmente la debilidad o la inmadurez de los sujetos históricos sociales que pueden llevar a cabo la Revolución, así como por la inadecuación de los medios a que recurren para cumplir sus objetivos, sus empeños en realizar su utopía terminan en un fracaso. Pero este fracaso no conduce al fin de la utopía, sino a forjar otras sobre nuevas bases, y esto es justamente la utopía socialista-comunista de Marx y Engels.

Se trata de un capítulo fundamental en la historia de las utopías que aún no se cierra; pero ¿cabe hablar de utopía en este caso? Ciertamente. Podría dudarse, empero, de que fuera pertinente a la vista de dos hechos innegables: la oposición franca y enérgica de Marx y Engels al utopismo, y la falta en ellos de un reconocimiento explícito del contenido utópico de su pensamiento.

Engels, como es bien sabido, con el título de su famoso opúsculo *Del socialismo utópico al socialismo científico*, caracterizó su socialismo como científico y no utópico, o como aquel

que pasa de la utopía a la ciencia. Asimismo, cierta versión científicista del marxismo pretendió apoyarse en Engels, al descubrir la utopía del pensamiento del Marx, para arrinconarla como pre-científica en el desván de la ideología.

Aunque volveremos más adelante sobre esto, subrayemos desde ahora que la utopía o, más exactamente, un aspecto o ingrediente utópico, no sólo forma parte del pensamiento de Marx y del «marxismo cálido», según la expresión de Bloch, sino que constituye un aspecto o componente esencial de él, aunque en unidad indisoluble con otros aspectos que también son esenciales, a saber: la crítica resistente del conocimiento de la realidad que se critica y pretende transformar y su vocación práctica o vinculación con ella. Hay pues, una utopía en Marx, y la hay en cuanto proyecto de emancipación o de sociedad futura, es decir, como alternativa social al sistema de dominación y explotación capitalista.

Cierto es que Marx, escarmentado con los excesos imaginativos de los socialistas utópicos, fue muy parco en las descripciones de la sociedad futura, aunque no tan parco como para no dejar asentados algunos rasgos fundamentales de ella, tanto en sus escritos de juventud, los *Manuscritos del 44*, como de su madurez, en *La guerra civil en Francia*, en *El capital*, y sobre todo al final de su vida en la *Crítica del programa de Gotha*.

76

No podemos detenernos ahora en todos ellos, y sólo fijaremos nuestra atención en el de mayor contenido utópico, la *Crítica del programa de Gotha*. Aquí Marx se refiere a la nueva sociedad comunista, de la que registra dos fases: una inferior o de transición, y otra superior, regidas respectivamente por dos principios distintos de distribución de la riqueza social: uno, conforme al trabajo aportado por cada miembro de la sociedad, en la primera fase, que corresponde a lo que entendemos hoy por verdadero socialismo: y segundo, conforme a las necesidades de cada individuo, en esta segunda fase, propiamente comunista. Se trata de una nueva sociedad necesaria, deseable; en suma, de una utopía que parte de una crítica de lo existente en que para realizarse requiere un conocimiento de la realidad, o sea, de las posibilidades engendradas por ella, así como de los sujetos impulsados a realizarla, de los medios adecuados y, finalmente, de la conciencia, organización y acción de las fuerzas sociales que pueden y deben asumir esa utopía.

Marx y Engels: Las condiciones de la emancipación social

Ciertamente que en la utopía marxiana con vocación práctica de realizarse en condiciones dadas, hay elementos utópicos en sentido negativo en cuanto a que se revelan como posibilidades abstractas irrealizables. Tales son, entre otros, la referencia a la superación total de la enajenación, la extinción del Estado, la idea de la revolución casi inmediata y del proletariado como sujeto central y exclusivo de ella, la imagen de una sociedad armónica en la que al resolverse las contradicciones de clase se superarán los conflictos étnicos, nacionales o de otra índole.

En cuando al principio de distribución de la sociedad comunista, o sea el de la satisfacción de las necesidades de todos los individuos, éste ha resultado utópico, en el sentido de imposibilidad de realizarse tomando en cuenta que la condición necesaria para su realización, o sea, la abundancia ilimitada de bienes como resultado del desarrollo sin límites de las fuerzas productivas se revela hoy, con toda claridad, como incompatible con el imperativo ecológico de no destruir con ese desarrollo la base natural de la existencia humana.

Pero aun reconociendo la existencia de esos elementos utópicos negativos en el pensamiento de Marx, no puede negarse que un proyecto emancipatorio o una imagen del futuro, es parte indisoluble y esencial, en dos palabras, es una utopía. Ciertamente, a diferencia de tantos proyectos sin la vocación práctica de ser realizados, porque al pretender realizarlos sin tomar en cuenta las condiciones necesarias para ello han desembocado en un fracaso, se trata de un proyecto de emancipación, no sólo necesario y deseable, sino posible y realizable; pero aun así, este proyecto que aún no se ha realizado en ninguna parte, no se realizará inevitablemente, aun dándose las condiciones necesarias, pues no hay instancia, ya sea ésta las leyes de la historia del conocimiento, de sus posibilidades y tendencias, y ni siquiera la acción racional de los hombres, que pueda garantizar esa realización. No hay, en conclusión, camino real que lleve inexorablemente de la utopía a la realidad.

Constantes históricas: siete tesis

Tras este breve recorrido histórico, veamos algunas constantes que se alzan una y otra vez en el camino de la utopía y que formularemos en las siguientes tesis.

77

Primera. La utopía no está en ninguna parte. Ya Tomás Moro acuñó la palabra «utopía» para describir el lugar: una isla que no está en ningún lugar real, pues la utopía existe en otro mundo ideal, como proyecto o anticipación de lo que puede ser; no se legaliza, pues, la utopía en un espacio real. ¿Podría decirse por analogía que la utopía no está en ningún tiempo? No lo está ciertamente en la utopía platónica, ya que como hemos visto, en cuanto que existe en el mundo de las ideas, es intemporal. Pero como nos hace ver nuestro recorrido histórico, la utopía moderna se inserta en el fluir del tiempo y, justamente, en esa dimensión suya que es el futuro. Así como el presente es el tiempo de lo real, el futuro es el tiempo de la utopía, y lo es en cuanto a que su realización está en el futuro, aunque anticipe su realidad en el presente. Tal es el lugar temporal e irreal de la utopía.

Segunda. La irrealidad de la utopía como anticipación de una vida mejor, presupone la crítica de la realidad presente que, por la negación u olvido de los valores y principios que se asumen para el futuro, se considera peor. Ciertamente, la utopía que no está en ningún lugar, se halla en cierta relación con lo real. Lejos de aceptarlo, de conformarse con lo que es, se distancia de la realidad y la juzga y critica desde los principios y valores que rigen en su imagen o proyecto de una sociedad mejor, y por tanto preferible a la existente. Hay pues, anticipación de esa sociedad, porque se reacciona críticamente ante la existente; pero, a su vez, la realidad presente se

mira, se critica con los ojos de la utopía. Así pues, no hay utopía o anticipación de una sociedad mejor, y por ello deseable, sin la crítica de la sociedad persistente e indeseable por ser inferior o peor que la que se anticipa. No hay crítica que no presuponga los valores y principios que han de encarnarse más allá de la sociedad criticada, en la que no son todavía, pero se considera que pueden y deben ser.

Tercera. La distancia incongruente o contraste que se pone de manifiesto en la crítica de la realidad y que la utopía pretende superar, nunca se supera totalmente; lo ideal nunca se agota en lo real. O sea, la distancia o contraste entre la utopía y la realidad como proceso de realización de la utopía en lo real puede acortarse o suavizarse, pero no abolirse, es decir, la utopía como proyecto ideal es irreductible a la realidad; su reducción significaría irrevocablemente el fin de la utopía. Ahora bien, por su aproximación a la realidad, en la medida en que nunca se realiza plenamente y en que la realidad a su vez no es estática, las utopías se suceden unas a otras, o sea, porque hay una historia real, en movimiento, en cambio, hay también, como demuestra nuestro recorrido histórico, una sucesión o movimiento, de utopías sin que, en esta superación histórica y relativa de su incongruencia o contraste con lo real, una utopía se disuelva en lo real.

78

Cuarta. La utopía se halla vinculada con la realidad, no sólo porque genera –porque esto sea realidad– su idea o imagen del futuro, sino también porque la utopía incide en lo real con sus efectos reales. Ciertamente, nos referimos aquí a la utopía que se aspira realizar como sucede con las utopías modernas, y esto independientemente de que tenga como resultado efectos positivos o negativos, éxitos o fracasos en su proceso de realización. Las utopías tienen efectos reales e inspiran determinadas prácticas, acciones violentas en las utopías quiliásticas como las de Müntzer, y en las utopías socialistas revolucionarias, acciones educativas en la utopía ilustrada o fundación de comunidades reales, o islas del futuro con los socialistas utópicos. Así pues, la utopía no sólo tiene una existencia ideal, sino también real, efectiva, por su capacidad de inspirar el comportamiento práctico de los individuos o grupos sociales, produciendo efectos reales en la realidad presente. La utopía como práctica, sin dejar de ser tal, al no ser abolida nunca por la realidad, es también utopía, se hace presente por sus efectos reales en algún lugar.

Quinta. No obstante su dimensión ideal, futura, la realidad presente marca con su sello las modernidades históricas y sociales de la utopía. Las utopías responden a aspiraciones y deseos de clases o grupos sociales que se muestran inconformes o críticos con respecto a determinada realidad social, y esta visión y actitud ante la realidad determina la modalidad de la utopía en una sociedad. Así lo prueban las utopías quiliástica, renacentista, ilustrada y socialista al expresar las aspiraciones e intereses de determinados grupos o clases sociales en cierto período histórico. La utopía que se diseña en cada caso responde a los intereses y aspiraciones del grupo que ocupa una posición inconforme o crítica con respecto a la realidad social.

Sexta. Dada esta vinculación de la utopía con determinadas posiciones sociales, la utopía y la ideología se imbrican necesariamente. Toda utopía supone o entraña una ideología, aunque no toda ideología motiva o genera una utopía. Veamos esto. Ideología y utopía tienen en común cierta visión de la realidad, independientemente del grado de verdad o falsedad que entrañen. Coinciden asimismo en que una y otra responden a aspiraciones e intereses de determinado grupo o clase social. Lo que se manifiesta como ideológico u utópico depende de la posición social del sujeto en determinada época o sociedad. Las modalidades de la ideología conservadora o revolucionaria y de la utopía quiliástica, liberal, humanista o socialista, se hallan condicionadas por los intereses y aspiraciones del sujeto que hace suya una u otra. Ahora bien, en cuanto que lo utópico se asienta en una visión crítica y de los valores que la guían, y que aspira a realizar en la alternativa social que propene a la realidad criticada. En este sentido toda utopía supone o entraña cierta ideología. Pero, por el contrario, no toda ideología conduce a determinada utopía. Ciertamente una ideología conservadora que afecta y justifica la realidad presente no necesita de una visión crítica de esa realidad, y, por tanto, no necesita de la utopía como alternativa a ella. En cambio, la ideología de una clase oprimida y explotada que no afecta lo que es, e inspira a su distorsión, desemboca en la utopía de una sociedad mejor en la que espera se realicen los principios y valores negados o inexistentes en la realidad presente.

Séptima y última tesis. La utopía se mueve siempre entre dos extremos: lo imposible y lo posible. Lo imposible no impulsa a su realización; lo posible, sí. Pero la utopía no sólo se asume como necesaria y realizable, sino también como valiosa y deseable. El que la utopía incida en el presente por sus efectos reales no basta para constituirla; lo que la define no es su realidad, sino su posibilidad. Una utopía real o realizada, ya no es utopía, sino su posibilidad o imposibilidad de realizarse. Esta imposibilidad de realizarse de la utopía puede ser absoluta, irrebasable, hoy o mañana; o puede ser relativa, dada la inexistencia de las condiciones y los medios necesarios en un momento determinado, sin que esto signifique, a menos que se considere desde un rígido determinismo, que no pueda ser posible en el futuro. Pero el estatus positivo de la utopía es el de la posibilidad relativa, concreta, que surge de y en determinada realidad, concreta, que surge de y en determinada realidad que genera también otras posibilidades, y por tanto, que no se realiza inevitablemente.

En suma, la utopía no es el reino de lo absolutamente imposible, ni tampoco de lo posible sin más, sino de lo posible en determinadas circunstancias y condiciones. Por otra parte, no basta este signo positivo para que la utopía se realice. Se requiere para ello no sólo esas condiciones y circunstancias, sino también la consciencia de su dolor, de la superioridad de lo posible sobre lo irreal, así como la voluntad de realización y la praxis correspondiente. Sólo esta conjunción de factores hace de la utopía una empresa posible y realizable y digna de pugnarse por su realización.

La crítica marxista

La utopía ha sido objeto de reiteradas críticas que apuntan unas veces a su irrealizabilidad como idea, y otras, a sus efectos negativos al tratar de realizarse. Entre sus primeros y más duros críticos están Marx y Engels. Sus críticas tienen un destinatario preciso: el socialismo de Saint Simon, Owen y Fourier, que ellos caracterizan peyorativamente como socialistas utópicos. Aunque reconocen Marx y Engels el valor de su crítica de lo existente y su afán de reparar las injusticias en una nueva sociedad, les objetan que no analicen científicamente la realidad social que ha de ser transformada, ni atiendan a los medios, condiciones y sujetos históricos necesarios para llevar a cabo esa transformación. De ahí derivan Marx y Engels el carácter fantástico de sus modelos de sociedad, y su empeño en construirla mediante la persuasión y la fuerza del ejemplo.

Las limitaciones y la impotencia de este socialismo utópico se deben, pues, para Marx y Engels, a una doble inmadurez: teórica, por la ausencia del conocimiento científico adecuado, y práctica, por la inatención al sujeto histórico del proletariado que con su acción ha de traer, en el futuro, la nueva sociedad. Lo que hallamos por tanto, en Marx y Engels es la crítica de una utopía determinada y, a la vez, del utopismo como empeño en realizar la utopía sin atender a las circunstancias y condiciones necesarias para ello.

80 De ahí su apelación a transformar el socialismo utópico en científico, convencidos de que sólo así, es decir, partiendo del conocimiento científico de la realidad social, de las posibilidades que se desprenden de ella, de los medios adecuados y contando con el sujeto histórico social de su transformación, el socialismo será posible y realizable. Su crítica viene a resaltar el momento cognoscitivo como elemento indispensable de la praxis para llegar a la nueva sociedad. Así pues, lo que encontramos en Marx es la crítica de cierta utopía y del utopismo como frustrado empeño de realizar lo irrealizable y no la crítica del contenido utópico del socialismo.

Aunque escarmentado Marx por las fantásticas descripciones de los socialistas utópicos no haya reconocido explícitamente el carácter utópico de su proyecto de emancipación y se haya mostrado muy parco al describirlo, no se puede negar que la utopía es un aspecto esencial del pensamiento de Marx, y lo es, como proyecto de emancipación, aunque en ciertos puntos, como los antes señalados, haya caído Marx también en el utopismo, que tan vigorosamente rechazó.

Tal es el alcance de la crítica al socialismo utópico al que contrapone, sobre todo Engels, el llamado socialismo científico que es su visión, a mi modo de ver, equívoca y desafortunada, porque la ciencia, si bien puede dar el conocimiento necesario para transformar la realidad social, no puede garantizar que esa transformación tenga lugar. Pero prosigamos con las críticas a la utopía que ya hemos enunciado y veamos ahora la crítica conservadora de la utopía.

Impotencia e ineficacia, resultados para conservadores, perversión para liberales

La crítica conservadora no es una crítica que apunte en verdad a determinada utopía, sino a toda utopía; a la utopía en general. Es la crítica propia del pensamiento que en el siglo pasado se tenía por contrarrevolucionario, así como de lo que en nuestro siglo, particularmente en Alemania, se consideró asimismo como revolución conservadora, revolución gatopardezca para que todo pudiera seguir igual. La crítica conservadora de la utopía se desprende necesariamente de su actitud apologética hacia la realidad y se hace en nombre del llamado realismo político, que descarta los ideales a la vez que oculta la ideología que subyace en él, y el argumento fundamental de esta crítica conservadora para conformarse con la realidad presente y rechazar los intentos de transformación es que los cambios radicales son ineficaces ya que chocan irremisiblemente con el muro de una naturaleza humana inquebrantable. Así pues, partiendo del supuesto de una naturaleza humana inmutable, abstracta, invariable, se condena toda utopía por su ineficacia e impotencia.

La crítica liberal burguesa de nuestro tiempo coincide con la conservadora en rechazar todo impulso utópico, apuntando sobre todo a los efectos perversos que sobre la libertad del individuo tiene la utopía, efectos perversos determinados por la naturaleza misma de la utopía. Esa libertad del individuo se ve sacrificada por la voluntad utópica de planificación, características de la utopía, según esta crítica. Por otra parte, se considera –considera particularmente Popper– que la utopía entraña fines, objetivos que no pueden construirse racional o científicamente, aunque sí puede ser racional la adecuación de los actos utópicos al fin correspondiente. Pero cuando se trata de objetivos diferentes, la decisión escapa a su fundamentación racional; en resistir esta fundamentación queda abierto el camino de la violencia para hacer prevalecer una utopía sobre otra. La solución para Popper está en abandonar los proyectos utópicos de una nueva sociedad al contentarse con las modestas reformas de la ingeniería social. De este modo los cambios radicales quedan excluidos y todo queda en definitiva como está.

Así pues, el mal radica o radicaría en la naturaleza misma de la utopía, ya que por su intención ramificadora, sacrifica la libertad del individuo a la vez que, al sustraerse la razón, sólo le queda el recurso a la violencia para realizarse. A esta crítica liberal se hermana la que ve en ella –por su doble vinculación: por lo racional, la planificación, y por lo irracional, la violencia– una vocación totalitaria. Ciertamente a esta crítica liberal no escapa una experiencia histórica concreta como la del llamado socialismo real, en el que, ciertamente, la planificación tenía un carácter centralizado, absoluto y en el que, al faltar el consenso de la sociedad, la pretensión de realizar la utopía socialista tuvo que apoyarse en la violencia generalizada. Pero estas características, que se dieron efectivamente en determinadas condiciones históricas sociales, no pueden generalizarse como propias de toda utopía y menos aún de la utopía socialista.

Finalmente, existe una crítica de la utopía, y particularmente de la utopía socialista, que no pone en cuestión la naturaleza o bondad de sus fines mientras estos fines se mantengan en un plano

puramente ideal y no abriguen la pretensión de realizarse. No se trata aquí de su impotencia o ineficacia, que es lo característico de la crítica conservadora, o de sus perversos resultados como pone de manifiesto la crítica liberal y autoritaria, pues la utopía como imagen de una vida mejor no puede dejar de ser afectada, según esta crítica. Lo que se cuestiona y critica es justamente la pretensión de realizar este ideal de una sociedad inexistente aún, más justa, más digna y libre; pretensión que resulta no sólo ineficaz, sino perversa. Lo que se significa, por tanto, es el voluntarismo, que supone actuar creyendo que la utopía es posible y realizable; o sea, lo que se critica es el intento de pasar del plano ideal, moral, en que la utopía se mantiene pura, incontaminada, al plano supuestamente impuro, práctico, o sea, el plano político-social.

Una vez más se recurre a la experiencia histórica concreta del proyecto socialista que al tratar de realizarse, lejos de conducir a los hombres a un mayor dominio de sus condiciones de existencia, los lleva a una nueva dominación de unos hombres sobre otros. Pero al desatender las circunstancias y condiciones de esa experiencia histórica se eleva de nuevo, dentro del más rígido determinismo, lo concreto y particular al nivel de una tesis o ley universal.

82 Llegamos a la pregunta que desde el principio reclama nuestra respuesta: ¿La utopía ha llegado a su fin? Empecemos por reconocer, antes de responder a esta cuestión, que en la situación actual, comparada con la situación que prevalecía hace unas décadas, se da efectivamente un debilitamiento de la utopía, entendida como la hemos venido entendiendo, a saber, como proyecto de una vida mejor, deseable y realizable en un futuro más o menos lejano, a través de las mediaciones necesarias y en condiciones determinadas.

Ahora bien, la utopía comprende una disconformidad y crítica de lo existente y una imagen del futuro o una alternativa social, lo que impide reducir lo ideal a lo real, o establecer un signo de igualdad entre ambos factores, potenciados en una sociedad mediática, que contribuyen precisamente a la pérdida actual de su vigencia: por un lado, la extinción de las ideologías del consumismo, del egoísmo, que tratan de suprimir la distancia entre lo que es y lo que no siendo aún, debe ser, y por otra parte el escepticismo, el desencanto por los efectos perversos de la realización de una utopía, como el llamado socialismo real, así como la producción del igualitarismo o relativismo moral y político, del no hay nada mejor, del todo es igual, del todo está permitido y todo vale, que desarma moral y políticamente todo imperativo de impulso propio. La corrupción política y moral convertida en atributo de la naturaleza humana ha contribuido también a dinamitar la confianza en toda alternativa resistente, haciendo suya, de buena o mala fe, el contenido de las críticas conservadora y liberal a la utopía, por el carácter irrealizable o perverso de su resultado.

Para quienes se instalan en estas creencias hoy día, y entre ellos no faltan muchos que han pugnado en el pasado por la realización de la utopía socialista e incluso, en algunos casos, corriendo el riesgo de perder la libertad o la vida, para éstos la utopía ha llegado a su fin. Pero el abandono de la utopía por su pretendida aproximación a la realidad, ha contribuido también en un

pasado cercano a esta pérdida de la utopía por su aproximación a lo real, ha contribuido en el pasado a la sobreestimación de ciertos logros en la reforma de la sociedad presente, al elevar el nivel de vida y las condiciones de existencia de los trabajadores, en los países capitalistas desarrollados, aunque esos logros no se extienden dentro de ellos a los sectores de los inmigrados ni de los marginados, para no hablar ya de las condiciones de extrema miseria de poblaciones enteras de los llamados, hasta hace un poco, países del Tercer Mundo. Pero ciertamente, el fracaso de las revoluciones en Europa, en las décadas de los 20, el ascenso del fascismo al poder, la integración en el sistema capitalista del sujeto histórico —el proletariado—, que para Marx debería ser su enterrador, contribuyeron, como puso de manifiesto el pesimismo de la Escuela de Frankfurt, al debilitamiento de la utopía socialista como alternativa al presente sistema.

Eclipse, no fin, del impulso utópico

La decadencia efectiva de la utopía en nuestro tiempo, que ha desmovilizado las conciencias de quienes debían ser los portadores de ella, ha encontrado su expresión desde hace ya algunas décadas, en el pensamiento filosófico y social. Así, por ejemplo, allá en los años 30, Mannheim registra la pérdida y el gradual descenso de la utopía, determinado por una mayor aproximación de las fuerzas utópicas a la realidad; aunque no admite que la utopía pueda desaparecer totalmente, o sea, que totalmente pueda desaparecer la incongruencia entre lo ideal y lo real. Su desapacirión significaría, dice el propio Mannheim, «la muerte de la sociedad en que se pierde con el abandono de la utopía»; dice textualmente: «El hombre perdería su voluntad de dar forma a la historia y, por tanto, su capacidad de comprenderla». Pero, ciertamente, en Occidente se ha producido desde hace décadas un debilitamiento del impulso utópico, como lo atestigua la renuncia por parte del proletariado a la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista; pero aun así, si se afectara con base en este hecho y en la desilusión provocada por el derrumbe del socialismo real, no ya la desaparición de una utopía determinada, sino de toda utopía, habría que preguntarse ¿cuáles serían las condiciones de posibilidad de su fin? Veamos:

Hemos hablado de utopía en dos planos. Como imagen o proyecto de un futuro mejor que se contrapone al presente real, y de la utopía como presencia efectiva de la conciencia de los hombres que inspira determinada práctica. Como proyecto o imagen la utopía ofrece lo que la ciencia como razón de lo que es, no puede dar. Ahora bien, sólo si se presupone que la previsión científica, tan limitada en las ciencias sociales, puede darnos esa imagen del futuro, la utopía al ser desplazada por la ciencia, habría llegado a su fin. Pero ni la ciencia puede asumir la carga imaginativa de la utopía, ni la utopía puede ser, *stricto sensu*, científica. Esto no significa en modo alguno, que la utopía en cuanto necesita del conocimiento para realizarse, pueda prescindir de la ciencia, o su condena por pre o anticientífica, significaría propiamente su fin.

Es innegable que cierto marxismo siguiendo acríticamente a Engels, al transformar el socialismo de utopía en ciencia, pone fin a su contenido utópico que, como hemos subrayado antes, consti-

tuye un aspecto esencial del proyecto marxiano de emancipación. Por lo que toca al plano fáctico, o sea de la presencia efectiva de la utopía en la conciencia de los hombres, puede darse, como hemos reconocido que se ha dado y se da actualmente, cierto eclipse del impulso utópico. Pero la utopía no puede tener fin mientras la realidad presente engendre inconformidad, crítica y, a su vez, engendre la aspiración a otra vida mejor. Por otra parte la utopía sólo llegaría a su fin si se pudiera coronar totalmente la distancia o alcanzar la congruencia entre lo ideal y lo real, o también si el presente absorbiera el futuro, o si lo real no dejara margen a lo posible; pero esto significaría, asimismo, el fin de la historia, que se volvería una cansina e irrebasable repetición, la del capitalismo liberal, según el no tan avisado ideólogo del Pentágono, Francis Fukuyama.

Ahora bien, porque la distancia entre lo ideal y lo real, aunque se aproximen, no puede formarse; porque lo posible no puede reducirse a lo real y menos aún, a un único y mejor posible y, finalmente, porque la historia y la sociedad no pueden tener fin mientras no acaben con ella –posibilidad que esperamos nunca se realice, un holocausto nuclear o una catástrofe ecológica–, repito, hay y habrá utopía. Y la utopía no puede desaparecer, sobre todo por más eclipses que conozca en un mundo como el actual, en el que dos tercios de la humanidad viven en condiciones de miseria y explotación, que les impiden aceptar la realidad como es y, sobre todo, como el mejor de los mundos posibles.

Pues bien: es imposible reducir la utopía a la ciencia, el futuro al presente, y lo posible a lo real; y si, por otra parte, lo existente no puede dejar de impulsar la insatisfacción, la crítica y el sueño de una vida mejor, es decir, si el fin de la utopía se vuelve imposible, un mundo sin utopía sería como una utopía más, aunque sólo en el sentido negativo, de lo irrealizable. Un mundo sin utopías, es decir, un mundo sin metas, sin ideales, sería un mundo sin historia, congelado en el presente, como también lo sería un mundo cuyos ideales y metas estuvieran previstos o garantizados por leyes de la historia que, supuestamente, tocarían la ciencia social, eliminando de toda historia la incertidumbre propia y sus consecuencias de lo característico en la relación con ella de toda utopía.

Ahora bien, como el fin de la utopía sólo puede darse en una relación ilusoria con lo real, ese fin no sólo es, en definitiva, una utopía abstracta que, como las dis-utopías o utopías negativas, inspiran el temor al cambio, al futuro, sino una dieología que por esa vía justifica el presente, descalifica al cambio y cierra el paso a todo impulso utópico por una vida mejor. Frente a esta ideología-utopía del fin de la utopía, esta última como imagen de un futuro deseable, posible y realizable, cumple hoy la función positiva de elevar la conciencia de que la historia no está escrita de una vez para siempre, y de que el hombre en la medida en que la comprende y actúa en condiciones determinadas y de acuerdo con los fines que el hombre mismo se traza, puede el hombre intentar cambiarla en dirección a una vida futura más noble, más digna y más justa, o sea, una mundo mejor. ©

* Conferencia pronunciada en la ceremonia inaugural del VIII Congreso Nacional de Filosofía, organizado conjuntamente por la Asociación Filosófica de México, A.C. y el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, el 7 de Noviembre de 1995, publicada en ESPACIOS N°23, Aguascalientes, 1997.